

Una vida centenaria y ejemplar. Manuel Mindán Manero (1902-2006): *In memoriam*

ANTONIO JIMÉNEZ GARCÍA

Universidad Complutense de Madrid

*“Señor, quédate conmigo y acompáñame
porque anochece en mi corazón”.*

En la mañana del 19 de septiembre de 2006 fallecía en Madrid el P. Mindán, a falta de tres meses escasos para cumplir 104 años. Nos habíamos, me había acostumbrado tanto a él durante los últimos quince años, con frecuentes y constantes visitas a su piso en el nº 51 de la calle Joaquín Costa de Madrid, o las más espaciadas al nº 32 de la calle Miguel Servet de Zaragoza, donde solía pasar el final del verano y el principio del otoño hasta después de las fiestas del Pilar (curiosa coincidencia el nombre de estas dos calles rememorando a dos aragoneses tan recios y tan tozudos como él), que no imaginaba, contra toda lógica, que llegaría un día en que no volvería a verle. Pues aunque su mente y su pensamiento todavía conservaban algo del vigor y la frescura que tiempo atrás le caracterizaran, su cuerpo y su estado anímico se habían deteriorado mucho en los últimos tiempos. Y en esa mañana, mientras me encontraba en el Tribunal de Selectividad para examinar a unos centenares de jóvenes, igual a los que cuatro, cinco o seis décadas atrás habían sido alumnos suyos en el Instituto “Ramiro de Maeztu” de la calle Serrano, me golpeó fuerte la triste noticia de su muerte. *Patriarca* de la filosofía española, según José Luis Abellán en la necrológica de *El País*; *Decano* de los filósofos españoles, en palabras de Javier Ortega en la necrológica de *El Mundo*.

Aunque varias e importantes plumas se han ocupado de su vida y de su obra (Alain Guy, Gonzalo Díaz, Jorge Ayala, Joaquín Lomba, Francisco Navarro y otros), yo incluso me he referido a él en repetidas ocasiones, y pudiera parecer reiterativo volver a tratar sobre su persona y sus escritos, el género necrológico exige ciertos tópicos y convencionalismos, y entre ellos está en primer lugar presentar un recorrido por su trayectoria vital. Así que cumplamos con el rito.

El P. Mindán había nacido el 12 de diciembre de 1902 en Calanda, la villa del célebre milagro (patria chica también de Luis Buñuel, con quien compartió amistad y juegos en los primeros años del siglo XX). A los 11 años ingresa en el Seminario de Belchite donde estudia cuatro cursos de Humanidades. Pasa luego al Seminario Conciliar de Zaragoza, entonces Universidad Pontificia, para cursar tres años de Filosofía y cinco de Teología con los que concluye su formación eclesiástica. En 1926 es ordenado sacerdote y se traslada al pueblo de Luna para ejercer su ministerio, pero a los tres años el Arzobispo le llama de nuevo a Zaragoza para impartir clases de Filosofía en el Seminario. Aunque es licenciado y doctor por la Universidad Pontificia, se determina a realizar estudios civiles, pero tiene que comenzar desde cero pues no le convalidan ninguna asignatura. En septiembre de 1930 aprueba el ingreso y los tres primeros cursos del bachillerato elemental, y en septiembre de 1931 supera los tres años del bachillerato universitario brillantemente. Durante el curso 1931-32, sin abandonar la enseñanza eclesiástica, asiste como oyente a la Universidad de Zaragoza, en el viejo edificio de la Plaza de la Magdalena enfrente del templo mudéjar de hermosa y esbelta torre de ladrillo y cerámica esmaltada. Aprueba en un año los cuatro cursos de la Licenciatura en Filosofía y Letras, Sección de Historia. Solo dos nombres le merecen un recuerdo muy especial en una universidad mediocre ocupada por profesores incompetentes: Domingo Miral, que le enseñó Griego, Alemán e Historia del Arte, y José Gaos, que impartía la asignatura de Introducción a la Filosofía. El nombre de Mindán quedará desde esta fecha unido de forma indeleble al de Gaos, que marcará su vocación filosófica: “[con Gaos] -son palabras tuyas- se me abrió un nuevo horizonte filosófico y quedó definitivamente decidida mi dedicación

personal y profesional a la filosofía”. Tan estrecha fue la relación entre Gaos y el P. Mindán que al marcharse el primero a Madrid llamado por García Morente, encargó a su discípulo y amigo que se hiciera cargo de su docencia en la universidad aragonesa durante el curso 1932-33. En el verano de 1933 se presentó a los cursillos para profesores de Enseñanza Media, obteniendo la plaza de Filosofía del Instituto Luis Vives de Valencia, donde pasó el curso 1933-34. Pero al curso siguiente abandonó el instituto y se trasladó a Madrid para completar su formación filosófica. Matriculado en la Universidad Central en 1934-35 y 1935-36 asistió con ilusión y provecho a las clases de Ortega, Morente, Zubiri y Gaos, completando brillantemente la carrera de Filosofía en junio de 1936 junto a otros seis compañeros que recibieron el nombre de los “siete magníficos”: Manuel Granell, Antonio Rodríguez Huéscar, Julián Marías, Francisco Álvarez, Leopoldo Eulogio Palacios y Emilio Benavent.

La guerra civil le sorprendió en Madrid preparando oposiciones que no llegarían a celebrarse. Como medio de subsistencia ingresó en la CNT y fundó con otros compañeros el Sindicato de Enseñanza; fue miembro del comité directivo del sindicato, bibliotecario y profesor en el Hospital que la CNT tenía en el nº 107 de la calle Serrano. Denunciado como sacerdote, pasó año y medio en la cárcel, y al finalizar la guerra se trasladó a Zaragoza y durante el curso 1939-40 dio clases en la universidad como Profesor Auxiliar. En el verano de ese año obtuvo el nº 1 en las oposiciones a cátedras de instituto, marchándose a Ávila durante el curso 1940-41. Al año siguiente se traslada a Madrid, al Instituto “Ramiro de Maeztu” de Madrid, y comienza la etapa más fecunda y productiva de su vida. Su labor en este centro no se redujo exclusivamente a las clases de filosofía, pues ocupó diversos cargos como Jefe del Servicio Psicotécnico, Miembro de la Junta Pedagógica, Catedrático-Tutor de la Escuela de Formación del Profesorado de Enseñanza Media, Secretario del Instituto, Asesor de Antiguos Alumnos y Rector-Director de la Residencia de alumnos del Instituto desde 1966 hasta su desaparición en 1984.

En Madrid su actividad se multiplicó por cien. Simultaneó las clases en el instituto (cuya cátedra de Filosofía ocupó hasta su jubilación en septiembre de 1973) con la docencia en la Facultad de Filosofía y Letras (1941-1961), en la Escuela de Caminos, Canales y Puertos y en la de Obras Públicas (enseñando en ambas Religión durante 18 años) y en el C.E.U. (1961-1988); casi 64 años dedicados a la docencia, desde que iniciara su andadura cuando estudiaba 5º de Teología en el Seminario con 23 años, prueba palpable de una ancianidad en plenitud de facultades y energía: baste decir que condujo su propio automóvil hasta los 92 años.

Se vinculó al Consejo Superior de Investigaciones Científicas desde la fundación del Instituto de Filosofía “Luis Vives”, en cuya Junta Directiva ocupó los cargos de vicesecretario con el P. Barbado, primer director del centro, y secretario de 1959 a 1963 con Juan Zaragüeta. Asimismo se encargó al principio de la formación y dirección de los becarios y también de organizar la biblioteca, para lo cual tuvo que recorrerse las librerías de viejo de Madrid y las casetas de la Cuesta de Moyano, sin olvidar ninguna de las novedades filosóficas que iban apareciendo en el mercado. En el ámbito estrictamente académico, fue jefe de la Sección de Crítica, y en 1942 fundó y dirigió la *Revista de Filosofía* durante su primera época hasta 1969, con un total de 111 números editados. Prestigiosa publicación que fue “la primera revista española de contenido estricta y exclusivamente filosófico”, a la que seguirían después otras como *Pensamiento* y *Estudios Filosóficos*. Muy vinculado al “Luis Vives” en 1949 se creó la Sociedad Española de Filosofía, de la que nuestro calandino fue uno de sus fundadores, y de la que llegaría a ser, sucesivamente, vocal, secretario, vice-presidente y presidente. Participó muy activamente en todos sus actos y dirigió varias de las “Semanas Españolas de Filosofía”.

Su obra está compuesta por más de 30 artículos, publicados la mayoría en *Revista de Filosofía*, pero también en *Crisis*, *Arbor*, *Revista Portuguesa de Filosofia*, *Rivista Quadrimestrale di Filosofia*, *Anales del Seminario de Historia de la filosofía*... Y en cuanto a

libros: *La persona humana* (Salamanca, 1962), *Historia de la filosofía y de las ciencias* (Salamanca, 1964; alcanzó ocho reediciones), *Andrés Piquer. Filosofía y medicina en la España del siglo XVIII* (Zaragoza, 1991), *Recuerdos de mi niñez* (Zaragoza, 1992), *Testigo de noventa años de historia* (Zaragoza, 1995; primer tomo de sus memorias), *Conocimiento, verdad y libertad* (Zaragoza, 1996), *Historia del Instituto “Ramiro de Maeztu” de Madrid* (Zaragoza, 2001; segundo tomo de memorias), *Reflexiones sobre el hombre, la vida, el tiempo, el amor y la libertad* (Zaragoza, 2002) y *Mi vida vista desde los cien años* (Zaragoza, 2004; tercer tomo de memorias). A estos títulos hay que añadir las traducciones de *Reglas para la dirección del espíritu* de Descartes (publicada por Revista de Occidente en 1935) y una *Selección filosófica* de Santo Tomás de Aquino (1942).

Su concepción filosófica se enmarca en un espiritualismo cristiano de orientación personalista, pero nada mejor que sus palabras para definirlo: “Mi primera formación filosófica fue el Tomismo. Pero al reflexionar sobre la esencia y el sentido del pensamiento de Santo Tomás, me di cuenta de que aquella filosofía tenía por una parte un cierto poder de evolución interna y por otra una gran capacidad de asimilación de otras doctrinas, tal como había practicado el mismo Santo Tomás. Pensé que si el Santo hubiese vivido en el siglo XX su síntesis filosófica hubiera sido diferente, pues, sin duda, hubiera tenido presente el avance de la ciencia moderna y los principales enfoques filosóficos de estos últimos siglos, pues lo importante era salvar el espíritu tomista, salvaguardando desde luego las líneas generales de sus principales tesis metafísicas. En consecuencia he enriquecido mi tomismo primitivo con las lecturas de los modernos, con mis propias reflexiones y sobre todo con las enseñanzas de mis profesores universitarios. Principalmente he recibido la influencia de la Fenomenología, de la filosofía de los valores y de la cultura, de algunas formas de vitalismo y también de algunos aspectos de la llamada filosofía existencial. He estudiado principalmente la filosofía del hombre, dedicando especial atención a las actividades estrictamente humanas tales como el conocimiento y la verdad, la libertad y la cultura.

Sin embargo, tan dilatada y fructífera vida sólo obtuvo el reconocimiento oficial en los últimos años, volcándose las instituciones nacionales y autonómicas en honores y distinciones para resarcirle del olvido en que le habían tenido: Medalla de Oro al Mérito Docente (1983), Nombramiento de Hijo Predilecto de la Villa de Calanda (1992), Cruz de San Jorge de la Diputación de Teruel (1996), Medalla al Mérito Cultural del Gobierno de Aragón (1998), Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio (1999), Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo (2001), Patriarca de Aragón según acuerdo de la Asamblea del Ateneo de Zaragoza (2002), Socio de Mérito de la Real y Excma. Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País (2002), y otros reconocimientos de menor entidad.

Pero nunca le olvidaremos quienes fuimos sus alumnos y discípulos. Entregada la mayor parte de su vida a una frenética actividad docente, heredero en su magisterio de una pléyade de excelentes profesores a los que nunca se cansó de mencionar (Domingo Miral, José Gaos, José Ortega y Gasset, Manuel García Morente y Xavier Zubiri), mantuvo en su enseñanza una constante revisión pedagógica asistiendo a reuniones, seminarios y congresos sobre metodología y didáctica de la filosofía tanto en España como en el extranjero. Todo ello repercutió de forma positiva en sus clases, traducido en una modélica claridad expositiva, no exenta de rigor y precisión, que cautivaba al alumno y le hacía no perder la atención en clase. Las múltiples referencias de sus numerosos discípulos insisten todas en estos términos o similares. Entre éstos no podemos dejar de mencionar, aunque en su extensísima nómina se me quedarán bastantes nombres en el tintero, a José Luis Pinillos, Antonio Mingote, Miguel Labordeta, Carlos París, Raimundo Pánniker, Paulino Garagorri, Gonzalo Fernández de la Mora, José María Valverde (a quien dirigió la tesis doctoral sobre Guillermo Humboldt y la filosofía del lenguaje), Ángel González Álvarez, Jesús Arellano, Arsenio Pacios, Alfonso Candau, José Todolí, Antonio Millán Puelles, Rafael Gamba, José María Artola, Francisco

Sevilla Benito, Antonio Aróstegui, Mariano Yela, Juan Velarde, Luis Artigas, Salvador Mañero, Víctor Sánchez de Zavala, Pedro Ridruejo, Raúl Vázquez, Julio Bayón, Constantino Láscaris, Emilio Lledó, José Luis Abellán, Javier Muguerza, Gustavo Bueno, Fernando Montero Moliner, Helio Carpintero, Oswaldo Market, Luis Ortiz Berrocal, Pedro Cerezo, Luis Jiménez Moreno, Andrés Sánchez Pascual, Víctor Santiuste, Eduardo Serra, Jesús López Cobos, Andrés Plumed, Óscar Alzaga, Pedro Roche, Gabriel Ballesteros, Fernando Savater, José Barrio, Enrique Rúspoli, Francisco Pérez López, María Soledad García Muñoz, María Josefa González Haba, María Rianza, Isabel Gutiérrez Zuloaga, María Fernández Serrano, María Teresa González Manteiga, Pilar Lacasa, Lucila González Pazos, María Luisa Díaz Coto, María Teresa Reyes...

Cuando el 1 de octubre de 1968 llegaba yo al internado del Ramiro y le veía por primera vez, no me podía imaginar que iba a marcar mi destino orientando mi vocación. No volví a tener contacto con él en veinte años, pero a raíz de la publicación de su libro sobre Andrés Piquer le visité en su casa madrileña para que me diera el visto bueno a un artículo que acababa de escribir sobre su texto y desde entonces mi relación con él se tornó íntima y mis visitas a su casa frecuentes y continuas durante los últimos quince años. Muchas horas de confidencias y enseñanzas de todo tipo cuando se encontraba bien de salud y plétórico de fuerzas, aunque era nonagenario. Y cuando la edad comenzó a pasarle penosa factura, le leía porque sus ojos apenas si distinguían la luz, y le escribía porque sus dedos no eran ya capaces de trazar signos medianamente inteligibles, mientras nuestras conversaciones se reducían cada vez más pues se cansaba muy pronto y no podía mantener la atención. Recuerdo muy especialmente aquel sábado 14 de diciembre de 2002, en la conmemoración de su centenario, cuando en la Casa de Cultura de Calanda nos habló de su vida moral e intelectual y de un final que presentía cercano, y en particular de sus últimas palabras que aludían a la noche de su corazón en que se había convertido su vida, una vida ya sin sentido. Palabras que no me abandonaron nunca desde entonces y que se me volvieron a hacer presentes el 20 de septiembre de 2006 en Calanda cuando al atardecer inhumábamos sus restos en el panteón familiar. Palabras con las que quiero hoy concluir esta evocación a la vez que tensar la mirada entre el recuerdo y la nostalgia porque ya su figura se ha hecho historia: *No me queda más que vivir en ese ancho horizonte que se extiende entre mi alma y Dios, y me parece que es la hora de decirle al Señor, como le decían los discípulos de Emaús cuando llegaban a su destino: “quédate, Señor, con nosotros porque atardece”. Y yo le digo: “Señor, quédate conmigo y acompáñame porque anochece en mi corazón”*.

SIT TIBI TERRA LEVIS, MAGISTER



Manuel Mindán Manero (1902-2006)
Alumno de Facultad de Filosofía de la Universidad Central
(promoción de 1936), uno de los llamados “siete magníficos”



El P. Midán en Calanda durante los actos del centenario (diciembre de 2002).
De izquierda a derecha: Francisco Pérez López, Manuel Royo (actual alcalde de Calanda), Jorge Ayala y Antonio Jiménez García